

vicio, y él, que no tenía un céntimo, estaba como yo cuando me hallaste cercano al suicidio; el mozo se levantaba á media noche, se iba al armario en que quedaban los restos de la comida de aquella desgraciada, y se los comía; la Torpedo acabó por notarlo, comprendió la vergüenza de su amante, y entonces procuraba dejarle la mayor cantidad de comida que le era posible, considerándose feliz en hacer este beneficio; la pobre no le ha contado esto á nadie más que á mí, en el coche, cuando volvíamos de la Ópera. El segundo cometió un robo; pero antes de que pudiese ser notado, ella le prestó la suma necesaria para que restituyese aquella cantidad que no le ha pagado aun á la pobrecilla. En cuanto al tercero, hizo su fortuna representando una comedia en que brilla el genio de Figaro; ella pasó por su mujer y se hizo amante de un hombre poderoso que la creía la más cándida de las mujeres. Al uno la vida, al otro el honor, al tercero la fortuna, que resume hoy todo esto. ¡Y ya ves cómo le han pagado!

—¿Quieres que mueran?—le preguntó Herrera con los ojos bañados en lágrimas.

—¡Vamos! ¡eso está bueno! te reconozco.

—No, sábelo todo, poeta rabioso—dijo el sacerdote;—la Torpedo no existe ya...

Luciano se lanzó sobre Herrera con tanto vigor para cogerlo por la garganta, que cualquiera otro hombre hubiera sido derribado; pero el brazo del español retuvo al poeta.

—Escucha, escucha—le dijo con frialdad.—La he convertido en una mujer casta, pura, bien educada, religiosa, en una mujer distinguida. Está en el camino de la instrucción, y bajo el imperio de tu amor puede llegar á ser una Ninón, una Marión Delorme, una Dubarry, según decía el periodista aquel de la Ópera. Tú la exhibirás como querida tuya, ó permanecerás tras la cortina contemplando á tu creación; lo que sea más prudente. Uno y otro partido te darán provecho y gloria, placer y progresos; pero si eres tan gran político como gran poeta, Ester sólo será para tí una hija, porque más tarde puede servirnos de mucho, valiendo como vale más oro que pesa. Bebe, pero no te emborraches. Si yo no hubiese tomado las riendas de tu pasión, ¿dónde estarías ya? Habrías rodado con la Torpedo por el fango de las miserias de donde yo te he sacado. Toma, lee—le dijo Herrera con la misma sencillez que Talma en *Manlio*.

A los pies del poeta cayó un papel que le sacó de la estática sorpresa en que le habla sumido aquella aterradora respuesta. Luciano lo cogió y leyó la primera carta escrita por la señorita Ester.

«A don Carlos Herrera, presbítero.

»Mi querido protector: ¿No creerá usted que en mí el agradecimiento excede al amor, al ver que, gracias á usted, empleo por primera vez la facultad de expresar mis pensamientos, en lugar de consagrarla á describir un amor que Luciano habrá olvidado acaso? Pero á usted, hombre divino, le diré lo que no me atrevería á decirle á él, que vive aun por fortuna en la tierra. La ceremonia de ayer me colmó de gracia y me mueve á dejar mi destino en sus manos. Aunque tuviese que morir lejos de mi amado, moriré purificada como la Magdalena, y mi alma se convertirá por él en rival de su ángel guardián. ¿Olvidaré nunca la fiesta de ayer? ¿Cómo poder abdicar del glorioso trono que ocupo? Ayer lavé todas mis manchas con el agua del bautismo y recibí el cuerpo sagrado de nuestro Salvador, convirtiéndome en otro tabernáculo. En aquel momento oí los cantos de los ángeles, era algo más que mujer, nacía á una vida de luz, en medio de las aclamaciones de la tierra, admirada por el mundo, en una nube de incienso y de plegarias que me embriagaban, y adornada como una virgen para su esposo celestial. Al verme, cual no esperé nunca, digna de Luciano, abjuré de todo amor impuro, y no quiero caminar por más sendas que por las de la virtud. Si mi cuerpo es más débil que mi alma, que perezca. Sea usted el árbitro de mis destinos, y, si muero, dígame á Luciano que he muerto por él al nacer para Dios.

»El domingo por la noche.»

Luciano fijó en el cura sus ojos bañados en lágrimas.

—Tú ya conoces la casa de la pequeña Carolina Bellefeuille, en la calle Taitbout—repuso el español.—Esa pobre muchacha, abandonada por su magistrado, estaba en la mayor miseria y á punto de ser embargada. Yo compré su casa en junto, y ella salió de allí con lo puesto. Ester, ese ángel que quería subir al cielo, ha bajado allí, y te espera.

En este momento Luciano oyó que sus caballos piafaban en el patio, y no tuvo fuerzas para expresar su admiración por aquella delicadeza que él solo podía apreciar; así es que se echó en brazos del hombre á quien había ultrajado, reparó todo lo hecho con una mirada y con la muda efusión de sus sentimientos, y luego bajó las escaleras, dió á su criado la dirección de Ester, y los caballos partieron al galope cual si fuesen animados por la pasión de su amo.

Al día siguiente, un hombre, que podía ser tomado por un gendarme disfrazado, se paseaba por la calle Taitbout, enfrente de una casa, cual si esperase la salida de alguien. Sus pasos eran agitados y nerviosos. En París se ven con frecuencia paseantes apasionados, verdaderos gendarmes que acechan á un guardia nacional, alguaciles que toman sus medidas para algún arresto, acreedores que meditan algún escándalo contra el deudor encerrado á cal y canto, amantes y maridos celosos ó desconfiados, amigos que vigilan por otros amigos; pero rara vez hallaréis una cara iluminada por los salvajes y rudos pensamientos que animaban la de aquel atleta que se paseaba debajo de las ventanas de Ester con la precipitación propia de un oso enjaulado. A las doce se abrió una ventana para dar paso á la mano de una camarera que subía las persianas. Algunos momentos después, Ester se asomó á respirar, apoyada en el brazo de Luciano. El que los hubiese visto los hubiera tomado por el original de una viñeta inglesa. Ester se halló de pronto con los ojos de basilisco del sacerdote español, y la pobrecilla lanzó un grito de espanto, diciéndole á Luciano:

—Ahí está el terrible cura.

—¡Ese! —dijo Luciano— ¡lo mismo es cura él que tú!

—Pues ¿qué es? —le preguntó asustada.

—¡Psé! un viejo Lascar que no cree en Dios ni en el diablo —dijo Luciano descubriendo su secreto que, de ser conocido por otro ser menos fiel que Ester, habría podido acarrear la perdición de Luciano y del español.

Al ir de la ventana de su dormitorio al comedor, donde iban á servir el almuerzo, los dos amantes hallaron á Carlos Herrera.

—¿Qué vienes á hacer aquí? —le preguntó bruscamente Luciano.

—A bendeciros —respondió aquel audaz personaje deteniendo á la pareja y obligándola á permanecer en el salon-

cito.—Escuchadme, amores míos; divertíos, sed felices, que eso está muy bien. La dicha á toda costa, esta es mi doctrina. Pero tú —le dijo á Ester,—tú que has sido sacada del barro por mí y que te has visto limpia de cuerpo y de alma gracias á mis cuidados, supongo que no intentarás cruzarte en el camino de Luciano. En cuanto á ti, hijito —añadió después de una pausa mirando á Luciano,—tu eres bastante poeta para dejarte llevar por una nueva Coralia. Hagamos, pues, prosa vil. ¿Qué puede llegar á ser el amante de Ester?... nada. ¿Puede Ester llegar á ser la señora de Rubempré? no... Pues bien, el mundo, hijita mía —dijo cogiéndole una mano á Ester, que temblaba cual si la hubiese tocado una serpiente,—el mundo debe ignorar que vive usted, y debe ignorar, sobre todo, que Ester ama á Luciano y que Luciano está enamorado de ella... Esta casa será su cárcel, hijita mía. Si quiere usted salir, cual lo exigirá su salud, pásese de noche, á las horas en que no puede ser vista; porque su belleza, su juventud y la distinción que ha adquirido en el convento serían notadas muy pronto en París. El día en que cualquiera sepa que Luciano es su amante de usted ó que usted es su querida —dijo el español con terrible acento acompañado de terrible mirada,—ese día será el último de su vida. A ese mocito se le ha otorgado una Real orden que le permite llevar el nombre y las armas de sus antepasados maternos. Pero, hay más; el título de marqués no le ha sido concedido, y, para lograrlo, tiene que casarse con alguna noble que obtenga del rey este favor. Este enlace pondrá á Luciano en el mundo de la corte. Este niño, á quien yo he sabido hacer hombre, llegará á ser primero secretario de embajada, y más tarde ministro en alguna corte alemana; y, Dios mediante ó yo (que valgo más), llegará á sentarse algún día en los bancos de los pares de Francia.

—¡O en los bancos!... —dijo Luciano interrumpiendo al falso sacerdote.

—¡Cállate! —exclamó Carlos tapándole la boca con la mano á Luciano.— ¡Semejante secreto á una mujer! —le dijo al oído.

—¡Ester mujer! —exclamó el autor de las *Margaritas*.

—¡Sonetos todavía! —exclamó el falso cura.— Todos esos ángeles se hacen tarde ó temprano mujeres, y la mujer tiene siempre momentos en que es á la vez mono

y niño, dos seres que nos matan riéndose. Ester, hijita mía—le dijo á la joven,—le he buscado una camarera, que me pertenece cual si fuese hija mía. Tendrá usted por cocinera una mulata, lo cual da mucho tono á una casa. Con Europa y Asia podría usted vivir, gastando mil francos al mes, como una reina... de teatro. Europa ha sido costurera, modista y comparsa, y Asia ha servido á un milord gastrónomo. Estas dos criaturas serán para usted como dos hadas.

Al ver á Luciano convertido en un niño ante aquel ser, culpable por lo menos de sacrilegio y de usurpación de estado civil, aquella mujer, sagrada por su amor, sintió en el fondo de su corazón un terror inmenso. Sin responder, se llevó á Luciano á otro cuarto y le dijo:

—¿Es el diablo?

—Para mí es... algo peor aun. Pero, si me amas, procura imitar la fidelidad de ese hombre y obedécele, so pena de muerte.

—¿De muerte?—dijo Ester con espanto.

—De muerte—repitió Luciano.—¡Ay de mí! ¡lucero! ninguna muerte podría compararse á la que me esperaría á mí, si...

Al oír estas palabras, Ester palideció y sintió que desfallecía.

—¡Vamos!—les gritó el falso sacerdote—¿todavía no habéis acabado de deshojar todas las margaritas?

Ester y Luciano acudieron á este llamamiento, y la pobre joven le dijo al hombre misterioso, sin atreverse á mirarlo:

—Señor, seréis obedecido como se obedece á Dios.

—¡Bien!—le respondió Herrera—podrá usted ser feliz algún tiempo, y... no tendrá que hacerse más que trajes de casa y de noche, lo cual será muy económico.

Los dos amantes se dirigieron entonces al comedor; pero el protector de Luciano los detuvo para decirle á Ester:

—Hija mía, acabo de hablarle de sus criados, y me resta presentárselos.

El español dió dos palmadas, y las dos mujeres que había dicho llamarse Europa y Asia se presentaron dando razón clara de sus nombres.

Asia, que debía ser nacida en la isla de Java, dejaba ver el rostro cobrizo propio de los malayos, llano como una

tabla, y cuya nariz parecía haber sido añadida por presión. La extraña disposición de los huesos maxilares le daba á aquella cara cierta semejanza á los monos de las grandes especies. Aunque deprimida, la frente no carecía de cierta inteligencia producida por la práctica de la astucia. Dos ojillos ardientes conservaban la calma de los del tigre, pero no miraban de frente. Asia parecía que tuviese que espantar á la gente. Sus labios, de color azul pálido, dejaban ver una dentadura blanquísima, pero mal dispuesta. La expresión general de aquella fisonomía animal era la cobardía. Los cabellos, relucientes y grasientos como la tez, orlaban con dos bandas negras su pañuelo muy rico. Las orejas, excesivamente lindas, llevaban por adorno dos perlas gruesas. Pequeñita, regordeta, Asia se parecía á esas creaciones que pintan los chinos en los abanicos, ó, mejor dicho, á esos ídolos indios, cuyo tipo parece que no debe existir, aunque acaba al fin por ser hallado. Al ver á este monstruo provisto de un delantal blanco sobre una falda de lana, Ester se estremeció.

—Asia—dijo el español, obligando á aquella mujer á mirarle de un modo que sólo es comparable al de un perro que mira á su amo,—esta es tu señora.

Y mostróle á Ester con el dedo. Asia miró á aquella joven hada con una expresión casi dolorosa; pero al mismo tiempo brotó de sus ojos una especie de brillo para fijarse en Luciano, que parecía una imagen divina, dado el lujo y elegancia con que iba vestido. El genio italiano podrá ponerle música á Otelo, y el genio inglés ponerlo en escena; pero sólo la naturaleza tiene derecho á ofrecerse en una mirada con más magnificencia y realidad que Inglaterra é Italia han podido inventar para los celos. Aquella mirada, sorprendida por Ester, movió á la malaya á coger por el brazo al español y á imprimirle las uñas cual pudiera hacerle un gato que se agarra para no caer á un precipicio. Entonces el español le dijo tres ó cuatro palabras en lengua desconocida á aquel monstruo asiático, el cual fué á arrodillarse á los pies de Ester para besárselos.

—No es una cocinera—le dijo el español á Ester,—sino un cocinero que volverá loco á Careme. Asia lo sabe hacer todo en la cocina, y le guisará un plato de judías de un modo que le hará dudar de si los ángeles no habrán descendido á la tierra para echarle hierbas del cielo. Ella

misma irá todos los días á la compra, y se revolverá, como un demonio que es, para buscarlo todo barato y bueno. Como usted tiene que pasar por haber estado en la India, Asia contribuirá á darle verosimilitud á esta fábula; pero mi opinión es que no pase usted por extranjera... Europa, ¿qué te parece á tí?

Europa formaba un gran contraste con Asia, pues era la doncella más linda que nadie puede llegar á imaginar. Esbelta, con carita de mona, nariz remangada, Europa ofrecía el tipo de la cara ajada por las corrupciones parisienses, la cara de la joven alimentada con patatas crudas, linfática y fibrosa, blanda y tenaz. Con los piecitos adelante y las manos en los bolsillos del delantal, denotaba tal viveza y animación, que parecía estar en movimiento continuo, aunque no se moviese. Modista alegre y figuranta al mismo tiempo, debía de haber ejercido ya muchos oficios, no obstante sus pocos años. Perversa como la que más, podía muy bien haber robado á sus padres y haber frecuentado los bancos de la delegación de policía. Asia producía espanto, pero se daba á conocer en un momento, y dejaba ver que descendía de Locusta en línea recta; mientras que Europa inspiraba una inquietud que iba aumentando á medida que se servía uno de ella: su corrupción parecía no tener límites; como dice el pueblo, ella volvía ya cuando los demás llegaban.

—La señora podría ser de Valencienes—dijo Europa con tono seco;—yo soy de allí.—Señor—le dijo á Luciano—¿quiere decirnos qué nombre le hemos de dar á la señorita?

—La señora van Bogseck—respondió el español cambiándole en seguida el nombre á Ester.—La señora es una judía originaria de Holanda, viuda de un negociante, y enferma del hígado á causa de su permanencia en Java... Tiene poca fortuna, á fin de no llamar la atención.

—Lo necesario para vivir, seis mil francos de renta, para que podamos quejarnos de sus mezquindades—dijo Europa.

—Eso mismo—dijo el español inclinando la cabeza.—¡Malditas farsantes!—exclamó con voz terrible al ver que Asia y Europa se miraban de un modo que le disgustaba—ya sabéis lo que os he dicho: servís á una reina, la cuidáis como á una santa y le sois fieles como á mí. Ni el portero, ni los vecinos, ni los inquilinos, en fin, nadie debe saber lo que aquí pasa. A vosotras os toca burlar la curiosidad, si es

que se despierta. Y la señora—añadió tendiendo hacia Ester su velluda mano,—la señora no debe cometer ninguna imprudencia, siendo vosotras las encargadas de impedirlo si llega el caso, pero... siempre respetuosamente. Europa, usted será la que se encargará de hacer las compras de la señora, con la mayor economía posible. En fin, que nadie, ni aun la gente más humilde, ponga nunca los pies en esta casa. Entre las dos tenéis que arreglaros para hacerlo todo. Hijita mía—le dijo á Ester,—cuando quiera usted salir por la noche en coche, debe de advertírselo á Europa, que ya sabe adónde tiene que ir á buscar á los criados, pues tendrá usted un cochero de mi hechura, como lo son estas dos esclavas.

Ester y Luciano no sabían qué decir; escuchaban al español y miraban á las dos muchachas que recibían órdenes. ¿A qué secreto debía el español la sumisión y la fidelidad que denotaban aquellas caras, la una tan picaresca y la otra tan cruel? Herrera adivinó los pensamientos de Ester y de Luciano, que parecían alelados como Pablo y Virginia al ver dos serpientes horribles.

—Podéis contar con ellas como conmigo mismo—les dijo al oído;—no tengáis secretos para ellas, porque esto les halagará. Asia, vete á servir; y tú, querida mía, pon un cubierto en la mesa—le dijo á Europa.—Esto es lo menos que pueden hacer por su papá estos dos pichones.

Cuando las dos mujeres hubieron cerrado la puerta, y el español oyó que Europa iba y venía, le dijo á Luciano y á la joven tendiéndole su manaza:

—¡Son mías!

Estas palabras y aquel gesto hacían temblar.

—¿En dónde las has buscado?—le preguntó Luciano.

—¡Oh! ¡pardiez! ya supondrás que no ha sido al pie del trono. Esto sale del barro y teme volver al barro... Amenazadlas con el señor cura cuando no os den gusto, y ya veréis cómo tiemblan como ratones delante del gato. Yo soy un domador de animales feroces—añadió sonriendo.

—¡Me hace usted el efecto de un demonio!—exclamó graciosamente Ester abrazándose á Luciano.

—Hija mía, he procurado encaminarla al cielo; pero la mujer arrepentida será siempre un engaño para la Iglesia; y si hubiese alguna que no lo fuese, se convertiría en cortésana en el cielo... Usted ha ganado haciéndose olvidar y

semejándose á una mujer distinguida, porque ha aprendido usted lo que no habría podido saber nunca en la esfera infame en que vivía... Usted no me debe nada—exclamó el español al ver una deliciosa expresión de agradecimiento en la cara de Ester;—lo hice todo por él—añadió señalando á Luciano.—Usted es mujer y seguirá siéndolo, porque, á pesar de las seductoras teorías de los domadores de fieras, no es posible ser en la tierra lo que no se es. El sabio de las protuberancias tiene razón: usted tiene la protuberancia del amor.

Como se ve, el español era fatalista, como lo fueron Napoleón, Mahoma y muchos grandes políticos. ¡Cosa extraña! casi todos los hombres de acción se inclinan á la fatalidad, del mismo modo que se inclinan á la Providencia la mayor parte de los pensadores.

—Yo no sé lo que soy—respondió Ester con angelical dulzura;—pero amo á Luciano y moriré adorándolo.

—Venid á almorzar—dijo bruscamente el español,—y ruegue usted á Dios que Luciano no se case pronto, porque entonces no volverá á verlo.

—Su casamiento sería mi muerte—dijo Ester dejando pasar delante al falso sacerdote, á fin de poder hablarle al oído á Luciano sin ser vista.—¿Es tu voluntad que permanezca bajo el poder de este hombre que me tiene vigilada por esas dos hienas?

Luciano inclinó la cabeza. La pobre joven reprimió su tristeza y simuló estar alegre; pero en el fondo se sentía oprimida. Fué preciso más de un año de cuidados constantes para que se acostumbrase á aquellas dos terribles criaturas, á quienes el abate llamaba *los dos perros guardianes*.

Desde su vuelta á París, la conducta de Luciano llevaba el sello de una política tan profunda, que tenía que excitar y excitó la envidia de sus antiguos amigos, de los cuales no tomó más venganza que la de hacerles rabiar con sus éxitos, con su porte irreprochable y con su manera de mantenerlos á distancia. El autor de las *Margaritas*, aquel poeta tan comunicativo, tan expansivo, se volvió frío y reservado. De Marsay, aquel tipo adoptado como modelo por la juventud parisiense, no empleaba ya en sus palabras y en sus acciones más mesura que Luciano. En cuanto á ingenio, el autor y el periodista habían dado muchas pruebas de él. De Marsay cometió la pequeñez de sentir envidia al ver

que mucha gente le daba la preferencia á Luciano. Éste, que gozaba del favor de los que ejercían secretamente el poder, abandonó de tal modo toda idea de gloria literaria, que se mostró insensible al éxito de su novela, reeditada con su verdadero título de *El Arquero de Carlos IX*, y á la fama que alcanzó su serie de sonetos, vendida por Dauriat en una sola semana.

—Es un éxito póstumo—le respondió riendo á la señorita de Touches que le felicitaba.

El terrible español mantenía á su protegida con brazo de hierro en la línea en que esperan los éxitos y los provechos de la victoria á los políticos pacientes. Luciano había tomado la habitación de Baudenord, en el muelle Malaquais, á fin de estar más cerca de la calle Taitbout. El cura se había alojado en tres cuartos de la misma casa, en el cuarto piso. Luciano no tenía ya más que un caballo de silla y otro de coche, un criado y un palafrenero. Cuando no comía en la fonda, comía en casa de Ester. El cura vigilaba de tal modo á los criados en la calle Malaquais, que Luciano no gastaba en total más allá de diez mil francos al año. Diez mil francos le bastaban también á Ester, gracias á la fidelidad constante é inexplicable de Europa y de Asia. Luciano empleaba las mayores precauciones para entrar y salir en la calle Taitbout, adonde iba siempre en coche con las cortinillas echadas, y hacía siempre que entrase el coche en el patio. Su pasión por Ester y la existencia del lindo nido de la calle Taitbout, completamente ignorados para el mundo, no le perjudicaron, pues, en ninguna de sus empresas. Jamás se le escapó ninguna palabra indiscreta acerca de asunto tan delicado. Sus faltas en este género con Coralía, cuando su primera estancia en París, le habían servido de escarmiento. En un principio, su vida ofreció esa regularidad de buen tono bajo la cual se pueden ocultar muchos misterios: permanecía fuera de casa hasta la una de la tarde, y luego iba al bosque de Bolonia y hacía visitas hasta las cinco. Rara vez se le veía á pie y evitaba siempre el encuentro con los antiguos conocidos. Cuando le saludaban algunos periodistas ó alguno de sus antiguos compañeros, respondía con una inclinación de cabeza, bastante cortés para que no pudiesen enfadarse, pero que denotaba un desdén profundo. De este modo pronto se desembarazó de la gente á quien no quería conocer. Un

odio añejo le impedía ir á casa de la señora de Espard, y cuando la hallaba en casa de la duquesa de Maufrigneuse, de la señorita de Touches, de la condesa de Montcornet, ó en otra parte, se mostraba con ella excesivamente cortés. Aquel odio, igual en la señora de Espard, le obligaba á Luciano á obrar con prudencia, pues ya se verá cómo lo había avivado permitiéndose una venganza que le valió un duro sermón del cura español.

—No eres aun bastante poderoso para vengarte de nadie —le había dicho el español.—Cuando se camina abrasado por un sol ardiente, no hay que detenerse á coger una flor hermosa.

Se veía demasiado porvenir y demasiada superioridad verdadera en Luciano para que no desearan hacerle alguna mala partida los jóvenes á quienes daba envidia su vuelta á París y su inexplicable fortuna. Luciano, que sabía que tenía muchos enemigos, no ignoraba que le buscaban el bulto, y el abate ponía admirablemente á su hijo adoptivo en guardia contra las traiciones del mundo y contra las imprudencias fatales para la juventud. Luciano tenía que contarle y le contaba todas las noches al cura los más pequeños accidentes del día, y, gracias á los consejos de este mentor, burlaba la curiosidad más hábil, la del mundo. Guardado por una seriedad inglesa, fortificado por los reductos que levanta la circunspección de los diplomáticos, no le daba á nadie derecho ni ocasión para ocuparse de sus asuntos. Su cara joven y hermosa había acabado por ser, en el mundo, impasible como la cara de una princesa en una ceremonia.

A principios del año 1829 se trató de su casamiento con la hija mayor de la duquesa de Grandlieu, que tenía entonces nada menos que cuatro hijas casaderas. Con motivo de este enlace, nadie ponía en duda que el rey haría á Luciano el favor de nombrarlo marqués. Aquel casamiento iba á decidir la fortuna política de Luciano, el cual sería nombrado, probablemente, ministro de alguna corte alemana. Hacía tres años que la vida de Luciano resultaba irreprochable, tanto que de Marsay había llegado á decir esta frase singular:

—Ese muchacho debe tener detrás alguna gran cabeza que le guía.

De esta suerte Luciano se había convertido casi en un

personaje. Su pasión por Ester le había ayudado mucho á desempeñar su papel de hombre grave. Un secreto de este género libra á los ambiciosos de cometer muchas tonterías, y como no tienen interés por ninguna mujer, no se entregan ni se dejan llevar por las reacciones de lo físico sobre lo moral. En cuanto á la dicha de Luciano, puede decirse que era la realización de los sueños de los poetas sin un céntimo. Ester, el ideal de la cortesana amorosa, aunque recordaba á Luciano Coralía, la actriz con quien había vivido un año, la eclipsaba por completo. Todas las mujeres amantes y abnegadas inventan la reclusión, el incógnito, la vida de perla en el fondo del mar; pero en la mayor parte suele ser este uno de esos encantadores caprichos que dan motivo á una conversación, á una prueba de amor que piensan dar y que no dan; mientras que Ester, que vivía en constante dicha gozando de la primera mirada incendiaria de Luciano, no tuvo en cuatro años ni un instante de curiosidad. Todo su ingenio lo empleaba en permanecer fiel al programa que le había trazado la mano fatal del falso abate. Es más; en medio de las más embriagadoras delicias, no abusó del poder ilimitado que dan á las mujeres amadas los deseos nacientes de un amante, para hacer á Luciano una interrogación acerca de Herrera, el cual le causaba espanto tan grande que no se atrevía ni á pensar en él. Los sabios beneficios de aquel personaje inexplicable, á quien Ester debía su gracia de colegiala, sus maneras de mujer distinguida y su regeneración, le parecían á la pobre joven anticipos del infierno.

—Algún día pagaré yo todo esto—se decía Ester con espanto.

Quando estaba buena la noche, salía en coche de alquiler, é iba, con una celeridad impuesta sin duda por el cura, á alguno de los encantadores bosques que rodean París, á Bolonia, á Vincennes, á Romainville, ó á Ville-d'Avray, unas veces con Luciano y otras sólo con Europa. Por allí se paseaba sin tener miedo, porque iba acompañada, sino por Luciano, por un cazador vestido como los cazadores más elegantes, armado de un cuchillo, y cuya cara y musculatura anunciaban al atleta terrible. Siguiendo la moda inglesa, este guardián iba provisto también de un bastón de hierro con el cual podía desafiar á varios asaltantes. Conformándose con la orden recibida por el abate, Ester

no le había dicho nunca una palabra á aquel cazador. Cuando la señora quería volver á casa, Europa daba un grito, y el cazador le silbaba al cochero, que se hallaba á poca distancia. Cuando Luciano se paseaba con Ester, Europa y el cazador se quedaban á cien pasos de distancia, como dos pajes infernales de aquellos de que hablan las *Mil y una noches*. Los parisienses, y sobre todo las parisienses, ignoran los encantos de un paseo nocturno por un bosque. El silencio, los efectos de luna, la soledad, ejercen la acción calmante de los baños. Generalmente, Ester salía á las diez, se paseaba de doce á una y volvía á las dos y media. Nunca se levantaba nadie en su casa hasta las once. La joven se bañaba, procedía á ese tocado minucioso, ignorado por la mayor parte de las mujeres de París porque exige demasiado tiempo y sólo lo practican las cortesanas, las entretenidas ó las grandes damas que pueden disfrutar del día entero. No estaba dispuesta hasta que Luciano no se presentaba, y entonces se ofrecía á sus ojos como una flor recién brotada. Ester no se preocupaba más que de la felicidad de su poeta, y era suyo como cosa propia, es decir, que lo dejaba en completa libertad. Jamás dirigía la vista más allá de la esfera en que ella irradiaba, pues el cura se lo había recomendado mucho, porque entraba en los cálculos de aquel profundo político que Luciano hiciese muchas conquistas. La dicha no tiene historia, y los narradores de todos los países lo han comprendido tan bien, que la frase  *fueron felices* suele ser el término final de todas las aventuras de amor. No es posible, pues, explicar los medios de aquella dicha fantástica en el corazón de París. Fué la dicha bajo la forma más hermosa: un poema, una sinfonía de cuatro años. Todas las mujeres dirán: «¡Es mucho!», pero ni Ester ni Luciano llegaron á decir «¡Es demasiado!» En fin, la fórmula  *fueron felices* resulta aun más explícita que en los cuentos de hadas, porque  *no tuvieron hijos*. Luciano podía coquetear y entregarse á sus caprichos de poeta y á las necesidades de su posición. Mientras que recorría lentamente su camino, les hizo favores secretos á algunos políticos cooperando en sus trabajos y obrando siempre con gran discreción. Cultivó además mucho la sociedad de la señora de Serizy, con quien estaba en las mejores relaciones, según el general decir. La señora de Serizy le había quitado á Luciano á la duquesa de Maufrigneuse, la cual no

le tenía apego, frase con que las mujeres se vengan de la dicha envidiada. Luciano estaba, por decirlo así, en el regazo de la gran limosnera, y gozaba de la intimidad de algunas mujeres amigas del arzobispo de París. Modesto y discreto, esperaba con paciencia; así es que la frase de Marsay, que acababa de casarse, y que obligaba á su mujer á hacer la misma vida que Ester, encerraba más de una observación. Pero los peligros submarinos de la posición de Luciano quedarán sobradamente explicados en el transcurso de este relato.

En este estado las cosas, durante una hermosa noche del mes de junio, el barón de Nucingen volvía á París de la tierra de un banquero extranjero establecido en Francia, en cuya casa había comido. Aquella tierra está á ocho leguas de París, en pleno Brié. Ahora bien, como el cochero del barón se había alabado de que llevaría y traería á su amo con los mismos caballos, se tomó la libertad de caminar al paso cuando se hizo de noche. Al entrar en el bosque de Vincennes, he aquí la situación de los animales, de los criados y del amo. Obsequiado con liberalidad por los cocineros del ilustre autócrata del cambio, el cochero, completamente borracho, dormía sin dejar de sostener las riendas; el criado, que iba detrás, roncaba, y el barón quiso pensar; pero, desde el puente de Gournay, la dulce somnolencia de la digestión le había cerrado los ojos. Por la flojedad de las riendas, los caballos comprendieron el estado del cochero, oyeron los ronquidos del lacayo que vigilaba detrás, se vieron dueños de su voluntad y aprovecharon aquel rato de libertad para caminar á su gusto. Como esclavos inteligentes, les ofrecieron á los ladrones ocasión para robar á uno de los capitalistas más ricos de Francia, al más hábil de esos que han recibido el nombre de cancerberos. En fin, al verse libres, y atraídos por esa curiosidad que todo el mundo ha podido notar en los animales domésticos, los caballos se detuvieron en una encrucijada, junto á otros caballos á quienes, sin duda, dijeron en su idioma caballar: «¡De quién sois? ¿Qué hacéis? ¿Sois felices?» Cuando la calesa dejó de rodar, el barón despertó. En un principio creyó no haber salido aún del parque de su colega, y luego fué sorprendido por una visión celestial que le halló sin su arma habitual, sin el cálculo. Hacía una luna tan hermosa que se habría podido leer un periódico. En medio del silencio de los bos-

ques, á aquella hora avanzada, el barón vió á una mujer sola que al mismo tiempo que tomaba un coche de alquiler, contemplaba el extraño espectáculo de aquella calesa parada. Al ver á aquel ángel, el barón de Nucingen se sintió como alumbrado por una luz interior. Al verse admirada, la joven se cubrió con el velo haciendo un gesto de espanto. El cazador lanzó un grito sordo cuya significación fué comprendida por el cochero, pues el coche salió como una flecha. El anciano banquero sintió una emoción terrible: la sangre que ascendía de los pies llevaba fuego á su cabeza, la cabeza enviaba llamas al corazón y la garganta se le cerraba. El desgraciado temió una indigestión, y, no obstante esta, su aprensión capital, se puso de pie para gritar:

—¡Canalla maldito! ¡estás *dogmido!* Cien francos si alcanzas aquel coche.

Al oír las palabras *cien francos*, el cochero despertó y el lacayo de detrás les oyó sin duda en sueños. El barón repitió la orden, el cochero puso los caballos al galope y en la barrera del Trono logró alcanzar á un coche semejante á aquel en que Nucingen había visto á la divina desconocida, pero en el cual se solazaba el primer dependiente de algún rico almacén con una *mujer distinguida* de la calle Vivienne. Aquel chasco costó al barón.

—Si hubiese traído á *Jogge en lugag* de *traegte* á ti, él habría sabido *hallag* á esa *mujeg*—le dijo al criado mientras que los consumidores examinaban el coche.

—Señor barón, yo creo que detrás estaba el diablo bajo forma de fiduque y que substituyó este coche por el suyo.

—El diablo no existe—dijo el barón.

El barón de Nucingen confesaba que tenía á la sazón sesenta años y que las mujeres le eran completamente indiferentes, y sobre todo la suya. Se alababa de no haber conocido nunca el amor que mueve á hacer locuras; consideraba una dicha el no tener que pensar en las mujeres, de las cuales decía, sin preámbulos, que la más angelical no valía lo que costaba, aun cuando se entregase gratis. Tenía fama de estar tan hastiado, que ya no compraba siquiera el placer de que se la pegasen. Desde su palco de la Ópera, sus ojos fríos se fijaban tranquilamente en el cuerpo de baile. Ni una mirada había siquiera para aquel capitalista en medio de aquel temible enjambre de viejas jóvenes y de jóvenes viejas, el foco de los placeres parisienses. Amor

natural, amor postizo y amor propio, amor de conveniencia y de vanidad, amor sensual, amor decente y conyugal, amor excéntrico, el barón lo había comprado todo y lo había conocido todo, excepto el verdadero amor.

Este amor acababa de caer sobre él como un águila sobre su presa, como cayó sobre Gentz, el confidente de S. A. el príncipe de Metternich. Sabidas son las tonterías que aquel anciano diplomático hizo por Fanny Elssler, cuyas repeticiones le interesaban más que los mayores intereses europeos. La mujer que acababa de trastornar aquella caja forrada de hierro que se llamaba Nucingen, se le había aparecido como una de esas mujeres únicas en una generación. No es seguro que la amada del Ticiano, que la Monna Lisa de Leonardo de Vinci, que la Fornarina de Rafael fuesen tan hermosas como la sublime Ester, en la cual no habría reconocido el menor vestigio de cortesana ni el ojo del parisiense más experto y observador; así es que el barón quedó sobre todo admirado por aquel aire noble y grande que tenía Ester al verse amada y rodeada de lujo, de elegancia y de amor. El amor feliz es el todo para las mujeres, las cuales se vuelven entonces altivas como emperatrices. El barón fué ocho noches seguidas al bosque de Vincennes, luego al bosque de Bolonia, luego á los de Ville-d'Avray y de Meudón y, por fin, á los alrededores todos de París, sin poder encontrar á Ester. Aquella sublime figura que era, según decía él, «una figura bíblica» estaba siempre presente en su imaginación. A los quince días, el barón perdió el apetito. Delfina de Nucingen y su hija Augusta no notaron en un principio el cambio que se operaba en el barón. La madre y la hija no veían al señor de Nucingen más que por la mañana al almorzar y por la tarde al comer, cuando comían todos en casa, lo cual no ocurría más que los días en que Delfina tenía invitados. Pero al cabo de dos meses, consumido por una fiebre de impaciencia y por un estado semejante al que produce la nostalgia, el barón, sorprendido de la impotencia de los millones, se puso delgado y llegó á tener tan mala cara, que Delfina concibió la esperanza secreta de quedar viuda; empezó á compadecer hipócritamente á su marido y obligó á su hija á retirarse para agobiar á fuerza de preguntas al barón el cual respondió como responden los ingleses atacados de *spleen*, ó sea no respondió nada. Delfina de Nucingen daba